La amenaza

Un rey, una dama, una torre, un alfil y un caballo de ajedrez están en el tablero representados por las letras J, K, L, M y N, aunque no necesariamente en este orden. Deduzca qué pieza es cada letra, sabiendo que cada número indica cuántas piezas amenazan a dicha casilla.

					K		
	J				2		
					M		
			3	N			
			L			2	

SOLUCION

J = Dama; K = Rey; L = Torre; M = Caballo; N = Alfil.

Número oculto

Deduzca un número de cuatro cifras distintas, que no empieza con cero, a partir de las pistas numéricas. En la columna B (de BIEN) se indica cuántas cifras correctamente ubicadas tiene ese número con el buscado. En la columna R (de REGULAR) se indica la cantidad de cifras comunes, pero fuera de posición.

				B	R
				4	0
9	3	2	1	0	2
6	5	7	4	1	0
9	5	1	4	0	2
7	1	2	0	2	0

SOLUCION 6190

Verano/12



PROYECTO

(Por Manuel Vicent) Fue una maldición que el chico terminara la carrera de arquitecto. Antes sus padres vivian en una casa de payés encalada cuyas paredes durante dos siglos habían creado un interior profundo que olía a manzana. En el corral había una higuera y un limonero. Mientras el vástago de esta humilde familia de labriegos estudiaba en la ciudad las teorías de Mier van der Rohe, de Otto Wagner y de los vanguardistas más audaces, en aquel corral florecían cada año los rosales junto al gallinero. Había sido un alumno aventajado, pero aun así no encontró trabajo al finalizar los estudios. Sus padres con gran sacrificio le dieron una salida y el hijo sólo quiso rendirles un homenaje realizando para ellos un proyecto que fuera a la vez una prueba de amor y de audacia. La casa familiar fue derruida. Desaparecieron las frescas estancias por donde corría la brisa después de inflar las cortinas de flores. También se ausentaron los antiguos perfumes que dormían en las arcas, los matices de luz que la cal arañada había dejado entre las vigas. Sobre este derribo creció un cubo de acero y cristal de tres alturas y allí donde antes maduraba la higuera y el limonero en medio de gallinas, rosas y conejos, ahora volaba una proa muy aérea con un bauprés que luego sería el dormitorio principal. El nuevo arquitecto en aquel espacio tramó un ideal de volúmenes transparentes y colgados que se unían con una escalera de metacrilato sin pretil y cuando la obra estuvo terminada los labriegos la habitaron con una mezcla de orgullo y terror. Han pasado ya algunos años. Vestidos de negro, él con boina, ella con pañuelo y delantal, ambos se hallan encaramados desde entonces en lo alto de un espigón de cristal que hace de mirador y todavía no han osado bajar de allí, aunque los bomberos se han prestado a ayudarles. Gozan de una espléndida panorámica. Sentados en sillas de Phillip Johnson, desde allí divisan todo el campo de coles y berenjenas, pero éste ya no les pertenece. Hubo que venderlo para que el chico lograra realizar su único proyecto.

LECTURAS

LUZ Y F

Por Claudio Zeiger

Una tarde calurosa de febrero un tipo rompía tubos fluorescentes con la cabeza en plaza Flores. La gente formaba un círculo a su alrededor. A pocos metros los evangelistas cantaban lo más fuerte posible para atraer a sus clientes. "Jesús te quiere salvar/hoy/ahora/no te apartes." Pero no les daba resultado. La gente parecía embobada por el rompedor de tubos. En realidad estaban esperando que empezara el show.

El rompedor era musculoso. Se notaba su envergadura física debajo del jardinero manchado de aceite que usaba sin nada abajo.

—¡No tengan miedo! ¡No tengan miedo! —gritaba.

Con la vista sobrevolaba la plaza pero sin mirar a nadie. Tenía ojos brillantes, aceitosos. La gente tampoco le miraba los ojos. Le miraban el cuerpo, los tubos fluorescentes que estaban apoyados en el suelo, a sus pies.

Cuando la ansiedad de la gente llegó a su punto máximo, el rompedor de tubos carraspeó. Pedía silencio. Hasta los evangelistas dejaron de cantar, o quizás fue una coincidencia.

Con un acento peculiar, que no era extranjero pero sonaba un poco afectado —marcaba mucho las tes, las erres y las eles y cortaba abruptamente las sílabas— el rompedor empezó a explicar lo que hacía.

—Yo rompo estos tubos. (Los tocó con la punta de la bota.) Estos tubos, con la frente. Las partes quedan in-tac-tas. Secas. No salta vidrio. No se aparten. Puedo controlar con la mente que no salten los vidrios.

Volvió a sobrevolar la plaza con la vista y respiró profundo.

—Rompo estos tubos con la frente —dijo—. Estos tubos dan luz. Yo soy fuerza. Fuerza de la mente...

Se agachó y aferró uno de los tubos con las dos manos.

—¡Fuerza de la frente!

Subió el tubo, hasta ubicarlo a la altura de la frente. Cerró los ojos y volvió a respirar a fondo.

Gritó. Nadie dijo nada. Los evangelistas también se habían agregado al círculo de gente, se habían mezclado con la gente, aunque igual podía distinguírselos por sus trajes oscuros y agobiantes para el calor de febrero.

El rompedor adelantó el pie izquierdo y tensó los músculos de los brazos. Tenía unos bíceps formidables. Después dio un grito furioso, más verdadero que el anterior. La gente retrocedió unos centímetros. La frente del rompedor avanzó mientras todavía gritaba. El tubo se partió en dos, pero el soplo de aliento de los que formaban el círculo no dejó escuchar el golpe seco. Las dos mitades del tubo quedaron intactas, apenas se desprendieron unas astillas de vidrio que cayeron al suelo en una lluvia imperceptible.

El rompedor de tubos miró a todos con los ojos bien abiertos. Tenía la frente intacta.

La gente no tardó en dispersarse. Como el rompedor no pidió plata, nadie se la dio. Había un tubo sin romper en el piso, pero no repitió el número. Se lo cargó al hombro, como si fuera una varita mágica, y empezó a caminar para el lado de las vías del tren.

Cuando estaba por salir del perímetro de la plaza, un chico le salió al paso.

—Quiero que me enseñes.

—¿Qué?

—A romper los tubos.

El rompedor lo miró sin apuro, de arriba a abajo. Era un chico flaco, de pelo castaño y mirada de miope, un poco triste.

—Te falta fuerza.

—Practico karate.

El rompedor lo miró con desconfianza.



LUZ Y FUERZA

Por Claudio Zeiger

Una tarde calurosa de febrero un tipo rompía tubos fluorescentes con la cabeza en plaza Flores. La gente formaba un círculo a su alrededor. A pocos metros los evangelistas cantaban lo más fuerte posible para atraer a sus clientes. "Jesús te quiere salvar/hoy/ahora/no te apartes." Pero no les daba resultado. La gente parecía embobada por el rompedor de tubos. En realidad estaban esperando que empezara el show.

El rompedor era musculoso. Se notaba su envergadura física debajo del jardinero manchado de aceite que usaba sin nada abajo.

—¡No tengan miedo! ¡No tengan miedo! —gritaba.

Con la vista sobrevolaba la plaza pero sin mirar a nadie. Tenía ojos brillantes, aceitosos. La gente tampoco le miraba los ojos. Le miraban el cuerpo, los tubos fluorescentes que estaban apoyados en el suelo, a sus pies.

Cuando la ansiedad de la gente llegó a su punto máximo, el rompedor de tubos carraspeó. Pedía silencio. Hasta los evangelistas dejaron de cantar, o quizás fue una coincidencia.

Con un acento peculiar, que no era extranjero pero sonaba un poco afectado —marcaba mucho las tes, las erres y las eles y cortaba abruptamente las sílabas— el rompedor empezó a explicar lo que hacía.

—Yo rompo estos tubos. (Los tocó con la punta de la bota.) Estos tubos, con la frente. Las partes quedan in-tac-tas. Secas. No salta vidrio. No se aparten. Puedo controlar con la mente que no salten los vidrios.

Volvió a sobrevolar la plaza con la vista y respiró profundo.

—Rompo estos tubos con la frente —dijo—. Estos tubos dan luz. Yo soy fuerza. Fuerza de la mente...

Se agachó y aferró uno de los tubos con las dos manos.

—¡Fuerza de la frente!

Subió el tubo, hasta ubicarlo a la altura de la frente. Cerró los ojos y volvió a respirar a fondo.

Gritó. Nadie dijo nada. Los evangelistas también se habían agregado al círculo de gente, se habían mezclado con la gente, aunque igual podía distinguírselos por sus trajes oscuros y agobiantes para el calor de febrero.

El rompedor adelantó el pie izquierdo y tensó los músculos de los brazos. Tenía unos bíceps formidables. Después dio un grito furioso, más verdadero que el anterior. La gente retrocedió unos centímetros. La frente del rompedor avanzó mientras todavía gritaba. El tubo se partió en dos, pero el soplo de aliento de los que formaban el círculo no dejó escuchar el golpe seco. Las dos mitades del tubo quedaron intactas, apenas se desprendieron unas astillas de vidrio que cayeron al suelo en una lluvia imperceptible.

El rompedor de tubos miró a todos con los ojos bien abiertos. Tenía la frente intacta.

La gente no tardó en dispersarse. Como el rompedor no pidió plata, nadie se la dio. Había un tubo sin romper en el piso, pero no repitió el número. Se lo cargó al hombro, como si fuera una varita mágica, y empezó a caminar para el lado de las vías del tren.

Cuando estaba por salir del perímetro de la plaza, un chico le salió al paso.

—Quiero que me enseñes.

—¿Qué?

—A romper los tubos.

El rompedor lo miró sin apuro, de arriba a abajo. Era un chico flaco, de pelo castaño y mirada de miope, un poco triste.

—Te falta fuerza.

—Practico karate.

El rompedor lo miró con desconfianza.

Claudio Zeiger nació en Buenos Aires en 1964. Es estudiante de la carrera de Letras. Se desempeñó como colaborador en la revista "El Periodista" y actualmente lo hace en **Página/12** y "El Porteño". Contra lo que se podía suponer, este relato no forma parte —por el momento— de ningún volumen en preparación.

—No parecés —le dijo después de un rato largo.

—Es verdad. Te juro —protestó. Y después de otro rato largo volvió a decir "es cierto" con la mirada clavada en el suelo.

El rompedor se dio media vuelta y se preparó para cruzar la calle. Seguramente iba a perderse por el andén o por algún pasaje, o se iba a tomar un tren que lo llevaría lejos, a Merlo o Padua. El chico lo corrió.

—Dale, decime cómo se hace por lo menos. ¿Es control mental?

Sin darse cuenta lo había agarrado de un brazo. Los dedos delgados se le resbalaban por la piel aceitosa. El rompedor se paró de golpe.

—¿En serio sos karateca?

—Sí. En serio.

El rompedor pestañeó varias veces seguidas, y fue como si los ojos se le hubieran lubricado.

Al rato estaban sentados en un bar tremendamente sucio, con mesas pegoteadas y olor a grasa recalentada, que está casi pegado a las vías. Los que se sientan cerca de las ventanas se pasan el tiempo mirando los trenes. Después pagan la cerveza o el vino que tomaron y se suben a uno de esos trenes.

El rompedor y el pequeño karateca se fueron para una mesa del fondo.

—¿Viajás en tren? —preguntó el pibe.

—No. Vivo por acá.

El rompedor de tubos pidió una cerveza. El pequeño karateca, que se llamaba Dany, una Coca. El mozo trajo una Bieckert y una Pepsi.

—¿Te concentrás?

—Me concentro.

—¿Usás control mental?

—Uso control mental.

Dany parecía desesperado. El rompedor sonrió y pasó un dedo por la botella fría de cerveza. Después se palpó un bícep.

—Luz y fuerza, eso es. ¿En serio sabés karate?

—Ufa, sí. Ya te dije.

—Entonces sabés dar un golpe seco.

—Sí. Pero los tubos revientan.

—Ahí está la cosa. Pero olvidate, te podés lastimar.

—Quiero saber cómo hacés.

—Entonces andá todos los días a la plaza y mirame. Te vas a dar cuenta.

El cerebro de Dany se abrió, como si lo hubieran subido a un auto veloz a punto de salir a ruta abierta. Ni siquiera escuchaba con claridad todo lo que el rompedor le decía mientras bajaba la cerveza y pedía otra. ¡Un desafío! Acababan de hacerle un desafío.

El rompedor le contó que había ido al programa de Sofovich para proponerle una exhibición. Pensaba decirle que podían armar desafíos, como hacían con las pulseadas. Había tipos que rompían barras de hielo, maderas o baldosas, con las manos, pero lo suyo era mejor. Era vidrio y luz... y fuerza. Al asistente de Sofovich le había gustado mucho, en serio, pero después consultó arriba y no: tenían miedo de que los desafiantes hicieran macanas y corriera sangre. Realmente con gran dolor, el asistente le dijo que no, que "por el momento no". Pero según le dijo el rompedor a Dany, le habían dado a entender que se mantuviera en contacto, que si quería hasta entrenara él mismo a los desafiantes, en fin: que lo fuera armando.

—Ahora estoy haciendo exhibiciones en las plazas. Quiero que cuando la gente me vea en la tele digan, uy, a este tipo yo ya lo vi.

—¿Y mañana volvés a la plaza?

—Puede ser.

Al día siguiente no volvió, pero al otro sí. Dany lo estaba esperando. Pensó que el rompedor iba a guiñarle un ojo o hacerle una seña, pero ni siquiera lo saludó.

La gente lo rodeó como la vez anterior —los evangelistas no habían ido a predicar esa tarde— y él rompió dos tubos. Lo aplaudieron.

Tres días después volvió, con cuatro tubos. Esta vez estaban los evangelistas. Habían llevado muchísima gente, gente de ellos, y tenían guitarras además de biblias. El rompedor tuvo que irse a la otra punta de la plaza.

Un policía lo estuvo observando todo el tiempo pero él ni siquiera lo miraba. Ese día se llenó de gente. Al final rompió dos tubos al mismo tiempo. Cuatro partes intactas. La frente intacta.

Cuando terminó enfiló para la estación del tren, y en la esquina se paró y se dio vuelta. Cuando lo divisó le hizo una seña para que se acercara. Dany corrió.

—¿Y, karateca, ya te diste cuenta?

Dany sonrió.

—Casi casi. ¿Vas a ir a la tele?

—Todavía no. Tengo que recorrer muchas plazas.

El rompedor de tubos no vivía de romper tubos. Trabajaba en un taller mecánico. A la hora del almuerzo se iba para el fondo —el taller estaba instalado en la casa del dueño del taller— y practicaba. Era disciplinado. Hacía ejercicios, y al final del entrenamiento rompía un tubo. Uno solo por día. Tres veces por semana iba a un gimnasio que quedaba a unas pocas cuadras de la plaza, sobre Rivadavia. Pero vivía del otro lado de las vías, con la madre, una hermana y el tipo que andaba con la hermana. Al tipo, su cuñado, un pendejo, le gustaba remar. Los domingos de sol y calorcito el rompedor y su cuñado se iban a remar al Tigre, pero eso era lo único que hacían juntos. Para las otras cosas no eran compinches. El rompedor salía con mujeres pero no le gustaba comprometerse. Tampoco le gustaba ir a bailar. No quería casarse y para diversión, decía él, tenía el gimnasio. Y tenía otras ambiciones. Esa, por el momento, era su vida.

—¿Y vos vivís por acá?

Dany parecía recién salido de un sueño profundo. Sí, sí, se apuró a contestar cuando captó la pregunta. Vivía del otro lado de Rivadavia. Iba a karate (en eso no le había mentido) y tenía una computadora para jugar a los videogames. El padre era ginecólogo y la madre fotógrafa.

—¿Fotógrafa? ¡Qué raro! ¿Por qué no le decís que me saque unas fotos?

El rompedor se imaginó una mujer rubia y flaca, de esas que no dicen nada pero que desnudas parecen otras y que, no dudaba, se rendiría a sus bíceps. Todas se rendían, aunque fuera imaginariamente. El sabía.

Al final se cansó de Dany y enfiló para su casa.

—¿Puedo acompañarte?

Y ahora ¿qué iba a hacer con esa sanguijuela? Un poco de cariño le había tomado, es cierto. Había estado siempre ahí en la plaza, mirándolo, seguramente había ido a buscarlo los días que él ni siquiera fue. Y había que cuidar a los admiradores, ¿no?

—Vení. Vamos para el taller.

Esa casa no tenía intimidad. Cualquiera entraba y salía, se preparaban un mate en la cocina y se iban a tomarlo al patio. El mecánico era un tipo formidable, aguantador, su mujer no abría la boca y sus hijas tenían buenas piernas —que siempre mostraban— y amigas que iban a visitarlas. Entraban por el taller y antes de pasar a la casa se quedaban charlando con los peones, el rompedor entre ellos. Del taller se podía salir directo al patio.

El rompedor se quedó desnudo de la cintura para arriba y se puso a hacer flexiones. Después ensayó contorsiones y ejercicios respiratorios. Se masajeaba la cara, flexionaba los brazos y se concentraba. Dany no se perdía uno solo de sus movimientos, pero no era el único que miraba. Desde la puerta de la cocina una chica joven también miraba.

Con una mano sostenía un mate y en la otra tenía un cigarrillo. El rompedor, le pareció a Dany, le guiñaba un ojo sin parar de hacer flexiones. Al final se cansó. Buscó una toalla y se la pasó por la nuca y el cuello.

—Mañana es el último día que voy a la plaza —le dijo a Dany sin mirarlo.

—Después me voy para otro lado.

La chica ya no estaba en la puerta de la cocina. Desde el taller se escuchaba una radio. Dany, que se había sentado en un banquito, lo miró muy serio y creyó entender.

Dany se sentía agotado y tenía cara de haber dormido mal, pero nadie en la plaza Flores iba a prestarle atención a su cara con todo lo que había para mirar. Los evangelistas cerca de la estatua, en otra punta los del MAS, acalorados delante de una bandera roja y cerca de ellos, rodeado de gente como siempre, el rompedor de tubos. Dany pestañeó. Tenía la vista irritada. Usaba anteojos pero nunca los llevaba puestos en la calle.

A la noche había prendido el velador a las dos y media, cuando era seguro que los padres ya se habían dormido. Entonces se había puesto a leer las instrucciones escritas en una hoja de carpeta hasta memorizarlas. Hasta captar, sobre todo, "el sentido más profundo" que, según el profesor de karate, tenían. Concentración, poder de la mente, todo eso. Pero él, con un marcador rojo, le había agregado dos preguntitas.

El rompedor de tubos le sonrió a la gente. No lo dijo, pero estaba sobreentendido en la plasticidad de sus movimientos, en los brazos untados de aceite. Era una despedida. Por eso se aferraba al tubo fluorescente como el nadador al borde de la pileta después de haber hecho cinco mil metros sin parar. Con satisfacción y alivio, que se le derramaban por los ojos aceitosos.

Dany también cerró los ojos. La primera pregunta que se le había ocurrido era: "¿Y si yo hago fuerza en dirección opuesta?" El rompedor colocó el tubo por encima de la línea de sus ojos.

La segunda pregunta era, en realidad, una ampliación de la primera pero más precisa, pensaba Dany. Más... *"Es decir, ¿y si yo hago fuerza para que el tubo se le reviente en la cara?"*

Como por arriba no podía ver nada prefirió agacharse y mirar por entre las piernas de los hombres, de abajo para arriba. Después del golpe seco llegaba la sangre, pero no se había lastimado mucho. No.

El rompedor estaba más colorado por la vergüenza que por la sangre. Igual le recomendaron que fuera a hacerse ver a un hospital porque podía tener vidrios clavados, dijo uno. En el piso habían quedado las dos mitades del tubo. Una había reventado al caer.

Dany saltaba de pura excitación y un tipo hasta quiso sacarlo porque pensó que se había asustado.

—Déjelo —le ordenó el rompedor, la voz seca—. Viene conmigo.

FUERZA



Claudio Zeiger nació en Buenos Aires en 1964. Es estudiante de la carrera de Letras. Se desempeñó como colaborador en la revista "El Periodista" y actualmente lo hace en **Página/12** y "El Porteño". Contra lo que se podía suponer, este relato no forma parte —por el momento— de ningún volumen en preparación.

—No parecés —le dijo después de un rato largo.

—Es verdad. Te juro —protestó. Y después de otro rato largo volvió a decir "es cierto" con la mirada clavada en el suelo.

El rompedor se dio media vuelta y se preparó para cruzar la calle. Seguramente iba a perderse por el andén o por algún pasaje, o se iba a tomar un tren que lo llevaría lejos, a Merlo o Padua. El chico lo corrió.

—Dale, decime cómo se hace por lo menos. ¿Es control mental?

Sin darse cuenta lo había agarrado de un brazo. Los dedos delgados se le resbalaban por la piel aceitosa. El rompedor se paró de golpe.

—¿En serio sos karateca?

—Sí. En serio.

El rompedor pestañeó varias veces seguidas, y fue como si los ojos se le hubieran lubricado.

Al rato estaban sentados en un bar tremendamente sucio, con mesas pegoteadas y olor a grasa recalentada, que está casi pegado a las vías. Los que se sientan cerca de las ventanas se pasan el tiempo mirando los trenes. Después pagan la cerveza o el vino que tomaron y se suben a uno de esos trenes.

El rompedor y el pequeño karateca se fueron para una mesa del fondo.

—¿Viajás en tren? —preguntó el pibe.

—No. Vivo por acá.

El rompedor de tubos pidió una cerveza. El pequeño karateca, que se llamaba Dany, una Coca. El mozo trajo una Bieckert y una Pepsi.

—¿Te concentrás?

—Me concentro.

—¿Usás control mental?

—Uso control mental.

Dany parecía desesperado. El rompedor sonrió y pasó un dedo por la botella fría de cerveza. Después se palpó un bícep.

—Luz y fuerza, eso es. ¿En serio sabés karate?

—Ufa, sí. Ya te dije.

—Entonces sabés dar un golpe seco.

—Sí. Pero los tubos revientan.

—Ahí está la cosa. Pero olvidate, te podés lastimar.

—Quiero saber cómo hacés.

—Entonces andá todos los días a la plaza y mirame. Te vas a dar cuenta.

El cerebro de Dany se abrió, como si lo hubieran subido a un auto veloz a punto de salir a ruta abierta. Ni siquiera escuchaba con claridad todo lo que el rompedor le decía mientras bajaba la cerveza y pedía otra. ¡Un desafío! Acababan de hacerle un desafío.

El rompedor le contó que había ido al programa de Sofovich para proponerle una exhibición. Pensaba decirle que podían armar desafíos, como hacían con las pulseadas. Había tipos que rompían barras de hielo, maderas o baldosas, con las manos, pero lo suyo era mejor. Era vidrio y luz... y fuerza. Al asistente de Sofovich le había gustado mucho, en serio, pero después consultó arriba y no: tenían miedo de que los desafiantes hicieran macanas y corriera sangre. Realmente con gran dolor, el asistente le dijo que no, que "por el momento no". Pero según le dijo el rompedor a Dany, le habían dado a entender que se mantuviera en contacto, que si quería hasta entrenara él mismo a los desafiantes, en fin: que lo fuera armando.

—Ahora estoy haciendo exhibiciones en las plazas. Quiero que cuando la gente me vea en la tele digan, uy, a este tipo yo ya lo vi.

—¿Y mañana volvés a la plaza?

—Puede ser.

Al día siguiente no volvió, pero al otro sí. Dany lo estaba esperando. Pensó que el rompedor iba a guiñarle un ojo o hacerle una seña, pero ni siquiera lo saludó.

La gente lo rodeó como la vez anterior —los evangelistas no habían ido a predicar esa tarde— y él rompió dos tubos. Lo aplaudieron.

Tres días después volvió, con cuatro tubos. Esta vez estaban los evangelistas. Habían llevado muchísima gente, gente de ellos, y tenían guitarras además de biblias. El rompedor tuvo que irse a la otra punta de la plaza.

Un policía lo estuvo observando todo el tiempo pero él ni siquiera lo miraba. Ese día se llenó de gente. Al final rompió dos tubos al mismo tiempo. Cuatro partes intactas. La frente intacta.

Cuando terminó enfiló para la estación del tren, y en la esquina se paró y se dio vuelta. Cuando lo divisó le hizo una seña para que se acercara. Dany corrió.

—¿Y, karateca, ya te diste cuenta?

Dany sonrió.

—Casi casi. ¿Vas a ir a la tele?

—Todavía no. Tengo que recorrer muchas plazas.

El rompedor de tubos no vivía de romper tubos. Trabajaba en un taller mecánico. A la hora del almuerzo se iba para el fondo —el taller estaba instalado en la casa del dueño del taller— y practicaba. Era disciplinado. Hacía ejercicios, y al final del entrenamiento rompía un tubo. Uno solo por día. Tres veces por semana iba a un gimnasio que quedaba a unas pocas cuadras de la plaza, sobre Rivadavia. Pero vivía del otro lado de las vías, con la madre, una hermana y el tipo que andaba con la hermana. Al tipo, su cuñado, un pendejo, le gustaba remar. Los domingos de sol y calorcito el rompedor y su cuñado se iban a remar al Tigre, pero eso era lo único que hacían juntos. Para las otras cosas no eran compinches. El rompedor salía con mujeres pero no le gustaba comprometerse. Tampoco le gustaba ir a bailar. No quería casarse y para diversión, decía él, tenía el gimnasio. Y tenía otras ambiciones. Esa, por el momento, era su vida.

—¿Y vos vivís por acá?

Dany parecía recién salido de un sueño profundo. Sí, sí, se apuró a contestar cuando captó la pregunta. Vivía del otro lado de Rivadavia. Iba a karate (en eso no le había mentido) y tenía una computadora para jugar a los videogames. El padre era ginecólogo y la madre fotógrafa.

—¿Fotógrafa? ¡Qué raro! ¿Por qué no le decís que me saque unas fotos?

El rompedor se imaginó una mujer rubia y flaca, de esas que no dicen nada pero que desnudas parecen otras y que, no dudaba, se rendiría a sus bíceps. Todas se rendían, aunque fuera imaginariamente. El sabía.

Al final se cansó de Dany y enfiló para su casa.

—¿Puedo acompañarte?

Y ahora ¿qué iba a hacer con esa sanguijuela? Un poco de cariño le había tomado, es cierto. Había estado siempre ahí en la plaza, mirándolo, seguramente había ido a buscarlo los días que él ni siquiera fue. Y había que cuidar a los admiradores, ¿no?

—Vení. Vamos para el taller.

Esa casa no tenía intimidad. Cualquiera entraba y salía, se preparaban un mate en la cocina y se iban a tomarlo al patio. El mecánico era un tipo formidable, aguantador, su mujer no abría la boca y sus hijas tenían buenas piernas —que siempre mostraban— y amigas que iban a visitarlas. Entraban por el taller y antes de pasar a la casa se quedaban charlando con los peones, el rompedor entre ellos. Del taller se podía salir directo al patio.

El rompedor se quedó desnudo de la cintura para arriba y se puso a hacer flexiones. Después ensayó contorsiones y ejercicios respiratorios. Se masajeaba la cara, flexionaba los brazos y se concentraba. Dany no se perdía uno solo de sus movimientos, pero no era el único que miraba. Desde la puerta de la cocina una chica joven también miraba.

Con una mano sostenía un mate y en la otra tenía un cigarrillo. El rompedor, le pareció a Dany, le guiñaba un ojo sin parar de hacer flexiones. Al final se cansó. Buscó una toalla y se la pasó por la nuca y el cuello.

—Mañana es el último día que voy a la plaza —le dijo a Dany sin mirarlo.

—Después me voy para otro lado.

La chica ya no estaba en la puerta de la cocina. Desde el taller se escuchaba una radio. Dany, que se había sentado en un banquito, lo miró muy serio y creyó entender.

Dany se sentía agotado y tenía cara de haber dormido mal, pero nadie en la plaza Flores iba a prestarle atención a su cara con todo lo que había para mirar. Los evangelistas cerca de la estatua, en otra punta los del MAS, acalorados delante de una bandera roja y cerca de ellos, rodeado de gente como siempre, el rompedor de tubos. Dany pestañeó. Tenía la vista irritada. Usaba anteojos pero nunca los llevaba puestos en la calle.

A la noche había prendido el velador a las dos y media, cuando era seguro que los padres ya se habían dormido. Entonces se había puesto a leer las instrucciones escritas en una hoja de carpeta hasta memorizarlas. Hasta captar, sobre todo, "el sentido más profundo" que, según el profesor de karate, tenían. Concentración, poder de la mente, todo eso. Pero él, con un marcador rojo, le había agregado dos preguntitas.

El rompedor de tubos le sonrió a la gente. No lo dijo, pero estaba sobreentendido en la plasticidad de sus movimientos, en los brazos untados de aceite. Era una despedida. Por eso se aferraba al tubo fluorescente como el nadador al borde de la pileta después de haber hecho cinco mil metros sin parar. Con satisfacción y alivio, que se le derramaban por los ojos aceitosos.

Dany también cerró los ojos. La primera pregunta que se le había ocurrido era: "¿Y si yo hago fuerza en dirección opuesta?" El rompedor colocó el tubo por encima de la línea de sus ojos.

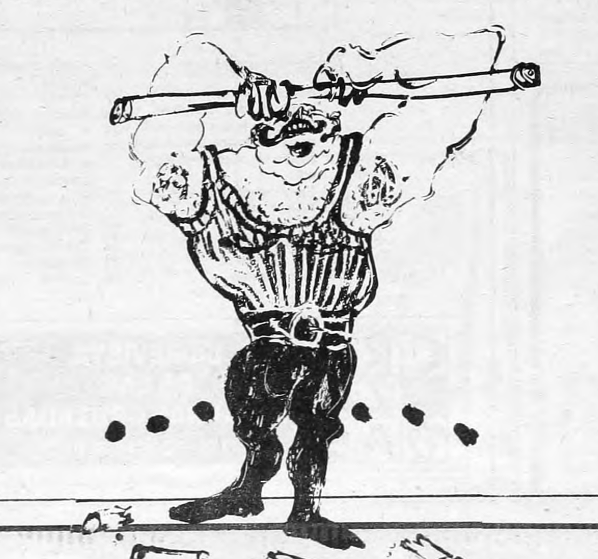
La segunda pregunta era, en realidad, una ampliación de la primera pero más precisa, pensaba Dany. Más... *"Es decir, ¿y si yo hago fuerza para que el tubo se le reviente en la cara?"*

Como por arriba no podía ver nada prefirió agacharse y mirar por entre las piernas de los hombres, de abajo para arriba. Después del golpe seco llegaba la sangre, pero no se había lastimado mucho. No.

El rompedor estaba más colorado por la vergüenza que por la sangre. Igual le recomendaron que fuera a hacerse ver a un hospital porque podía tener vidrios clavados, dijo uno. En el piso habían quedado las dos mitades del tubo. Una había reventado al caer.

Dany saltaba de pura excitación y un tipo hasta quiso sacarlo porque pensó que se había asustado.

—Déjelo —le ordenó el rompedor, la voz seca—. Viene conmigo.















VILLA GESELL

A varias voces: La Sociedad de los Encuentros Corales de Villa Gesell anunció la programación del mes de febrero para los conciertos que organiza en el Anfiteatro del Pinar (Avenida 10 y Paseo 102). El próximo sábado se presentan el Coro San Juan Bautista de Santa Fe y el Grupo Vocal Arsis de Mar del Plata. El miércoles 6, Armonía Coral II, de la Universidad Nacional de Salta, y el Coro de la Universidad Católica de Córdoba; ambos repetirán su presentación el sábado 9, día en que también actuará el Grupo Juvenil del Coro Estable de Rosario. El sábado 16 sube a escena Iubilus de Mar del Plata. El Coro Municipal Juvenil de Longuimay-La Pampa y el Coro Municipal de Simoca, Tucumán, se presentarán el miércoles 20. Para el cierre, el sábado 23, la función incluye al Coro Comunal de Jóvenes de Carlos Pellegrini, Santa Fe; al Polifónico Comunal de la misma localidad, y para un final a toda orquesta el Coro de Niños y el de Turistas del Pinar. Las funciones son a las 21.

MAR DEL PLATA

Pajaritos en la cabeza: La invitación a levantar vuelo va dirigida a los pibes. De jueves a domingo a las 20.30, en la Sala B de la Biblioteca Municipal, ubicada en 25 de Mayo y Catamarca, se presenta la compañía de teatro El Pájaro Azul con la comedia titiritera *Una de aventuras*. El libro y la dirección corren por cuenta de Adriana Derosa. Pensada para niños de más de cinco años, la pieza cuenta las peripecias del príncipe Artemio, quien en ocasión de un viaje descubre que la vida se parece bien poco a lo que él había imaginado desde las cuatro paredes del palacio.

Una de bailantas: El interés por la música tropical llegó hasta estas playas. El puntapié inicial lo había dado tiempo atrás la bailanta que funcionaba en la zona de Batán. Ahora, además, el ritmo que entusiasma a los seguidores de Riki Maravilla se baila en el centro. Tres bailantas se disputan el público en lugares tan concurridos como estratégicos: una de ellas está ubicada en la avenida Colón, a metros de la plaza, la otra en la calle Belgrano, y la tercera en Constitución. Y las modas, modas son.

Rumores: Tal el título de la obra del norteamericano Neil Simon que con dirección de Ricardo Darín se presenta en el teatro Tronador de martes a domingo a las 22.30. Una comedia con enredos de alcoba y diálogos vertiginosos. El elenco lo integran Mirtha Busnelli, Juan Leyrado, María Valenzuela, Ricardo Darín, José Luis Mazza, Adriana Salgueiro, Arturo Maly y Roxana Randon.

Gambas por porciones: De martes a domingo, a las 22.30 en el teatro Colón, humor filoso y muy lanzado en la receta de las Gambas al Ajillo. Ellas son Alejandra Flechner, María José Gabin, Verónica Llinas y Laura Market. Las acompaña el autodenominado invitado crónico, Miguel Fernández Alonso.

Extraña pareja: El título es el de la comedia de Neil Simon y Soledad Silveyra y Ana María Picchio son las responsables de la interpretación, acompañadas por Graciela Pal, Rita Cortese, Julián Howard y Roberto Catarineu. La dirección es de Carlos Moreno y la historia gira alrededor de dos mujeres con personalidades disímiles que deciden compartir un departamento. Las funciones son de miércoles a domingo a las 22 en el teatro Lido.


Gustavo Gilbert

Soledad Silveyra se presenta en el Teatro Lido con "Extraña pareja".

Ortodoxo

1	2	3	4	5	6		7	■	8	9
10						■	11	12		
13		■	14		■	15				■
16		17			■	18				19
	■	20			21					
22	23	■	■	24			■	■	25	
26		27	28				29	30	■	
31					■	32			33	
■	34				■	35		■	36	
37				■	38			39		
40		■	41							

HORIZONTALES

1. Cuzcuz, bolitas de harina y miel usadas en guisos.
8. El uno en la baraja.
10. Alzar y dejar caer con fuerza el caballo una mano.
11. En Valencia, lanza, pica.
13. Artículo neutro.
14. Contracción.
15. Antiguamente, cebo.
16. Planta filipina.
18. Renta anual.
20. Planta acuática americana (pl.)
22. Tantalio.
24. Avestruz australiano.
25. A Tempo.
26. Harás que las ramas de un árbol se extiendan horizontalmente.
31. Vapor que el frío de la noche condensa en gotas.
32. Letra griega.
34. Santas; señoritas.
35. Afirmación.
36. Lengua provenzal.
37. Liad.
38. Fuego de leña que levanta llama.
40. Ahora.
41. Dan consejo.

VERTICALES

1. Achatar por presión o golpe.
2. Embrollos.
3. Calcio.
4. Orgullosa.
5. Que demuestran cariño afectada y empalagosamente.
6. Cromo.
7. Traidor, falso; caballo castaño oscuro.
8. Sitio descubierto en la parte superior de una casa.
9. Sociedad Anónima.
12. Antiguamente, abad.
15. Cálidos.
17. Antes de Cristo.
19. Piel finísima de pelo rizado de cordero nonato.
21. Dueña.
23. Adrede.
27. Relación escrita de lo tratado en una junta.
28. Inundación, crecida.
29. Que profesa amistad.
30. Sudeste.
33. Partícula esférica de líquido.
37. Interjección de dolor.
38. Una de las virtudes teologales.
39. Infinitivo.

SOLUCION
